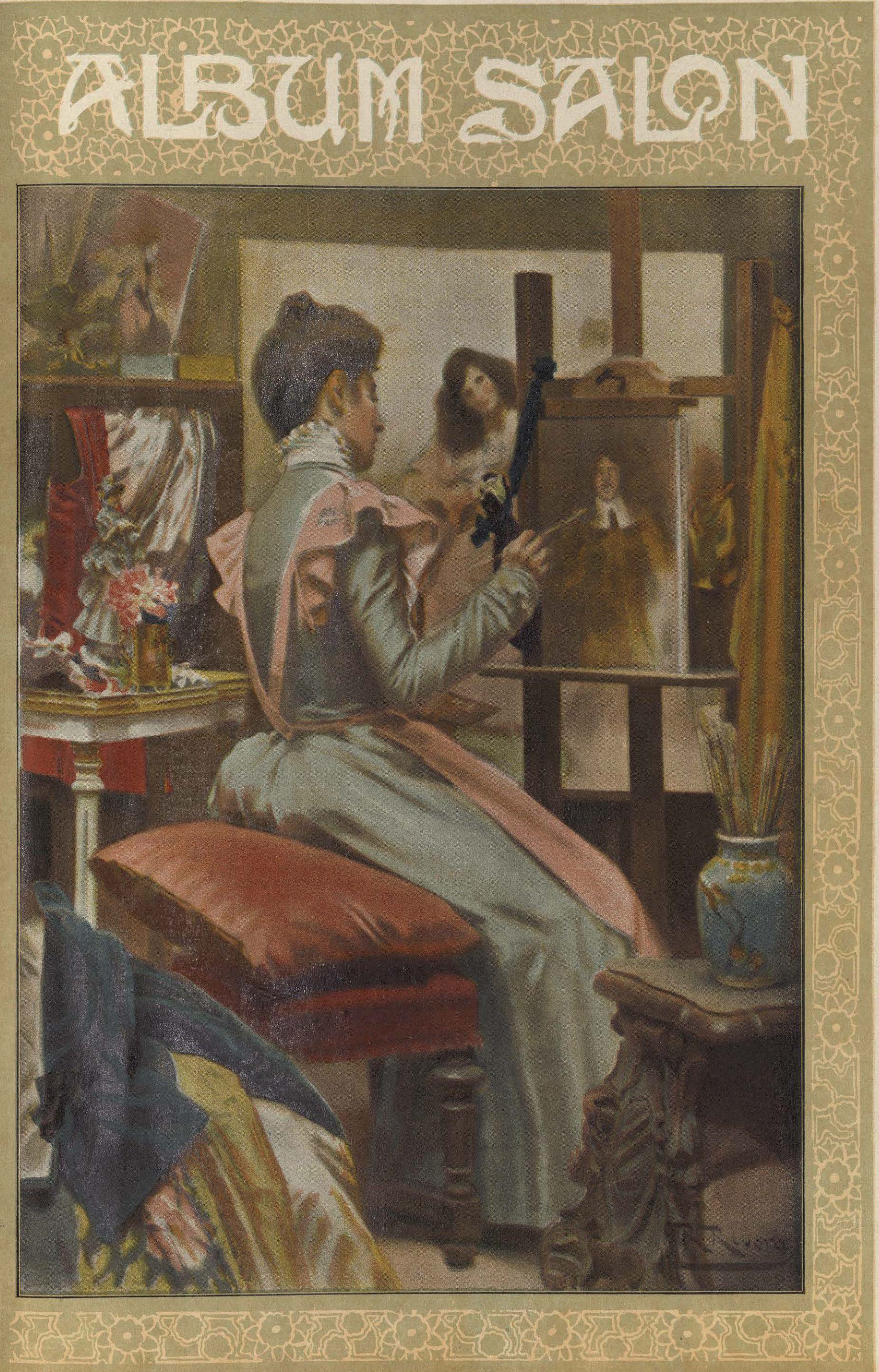
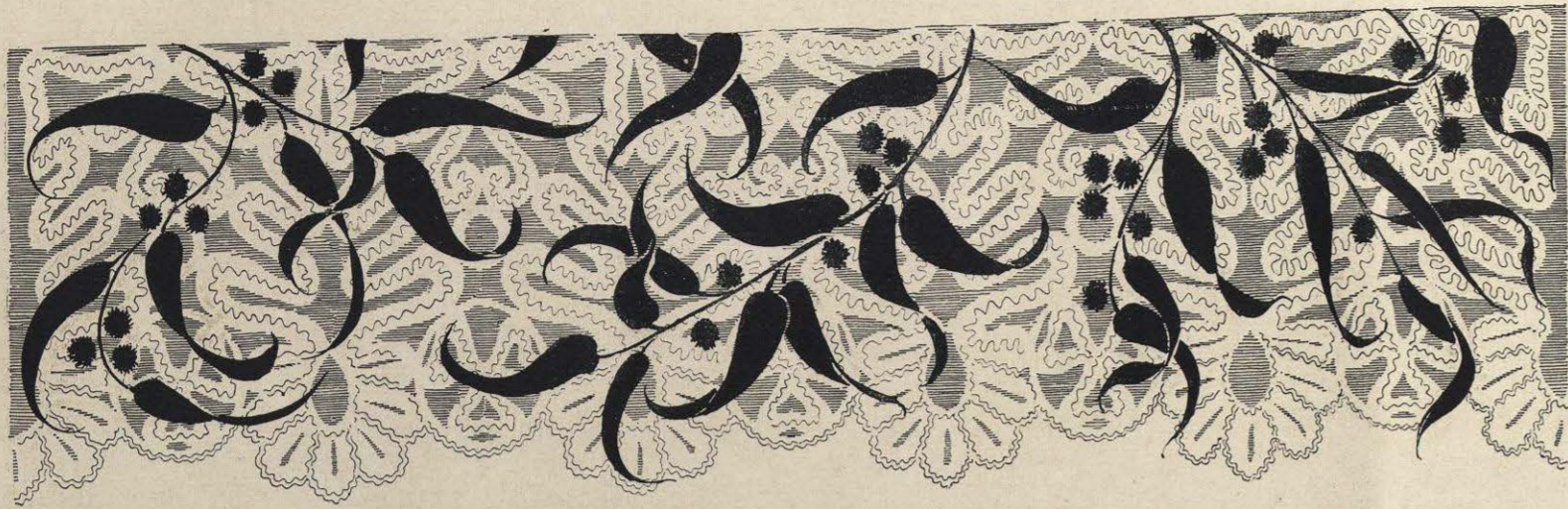


AP60
.A4
1901



Cuadro de ROMÁN RIBERA.



DOS MESES EN ESPAÑA

(CARTERA DE UN AMERICANO)

El 22 de Diciembre de 1890. Habíamos salido de Hendaya, última estación en territorio francés, y á las nueve de la mañana el monstruo de penacho humeante entraba en el puente que atraviesa el Bidasoa. La locomotora marchaba con silenciosa lentitud, y los viajeros contemplábamos el grandioso paisaje que se ofrecía á nuestra vista. Majestuosas se deslizaban las azules aguas del histórico río, reflejando los pálidos y fríos rayos de un sol de invierno, el más crudo que la Europa ha sufrido en la segunda mitad de este siglo. A la derecha, asomaba sus antiguas techumbres Fuenterrabía, situada en la falda de la montaña de su mismo nombre; á la izquierda la colina de San Marcial, en cuya cúspide y sobre un castillo fortificado flameaba el pabellón español; y al frente, dividida por la línea férrea, la helada campiña, cubierta por terso manto de nieve.

Pronto llegamos á Irún. Mi sangre circulaba con impetuosidad anormal, y una emoción inexplicable me ponía fuera del nivel ordinario de la vida. ¿Qué podría así turbar mi habitual tranquilidad? ¿Acaso era aquella la vez primera que un país extranjero alimentara mi insaciable curiosidad por lo nuevo y lo desconocido? ¡Cuántas veces, en el curso de mi vida, había traspasado los límites que separan la Rusia de Alemania, la Francia de la Italia, y la Holanda de la Bélgica, sin que el sentimiento tomara parte alguna en esas excursiones sugeridas por el amor á la ciencia, por el culto debido á los monumentos del arte, ó por saciar la sed del orol! Nada de eso podía, pues, suscitar la fuerte impresión de ánimo que ha fijado en mi memoria, con sello indeleble, el recuerdo de aquellos momentos y lugares.

¡Ah! Lo que tales efectos producía, no podía tener otra causa que la fuerza del poderoso imán de la sangre hacia la sangre homogénea que reconoce un mismo origen y viene de un manantial común! Era el átomo inmortal que dió vida y pensamiento á los árabes y godos; á los fenicios y romanos que antes poblaron la *Hesperia*; era el dón divino que después llevó Colón en alas del genio y de la gloria á las frondosas selvas de la libre América.

Aquí mis oídos fueron halagados por vibraciones de una armonía conocida, que despertó en mi memoria vagas reminiscencias de las dulces canciones con que la tierna madre arrullaba los primeros y plácidos sueños de la infancia. Era el habla de Cervantes, que el gigantesco fonógrafo de la tradición repite á cada instante; la lengua viril, rica y melodiosa que resonó en la soledad de los mares, en las carabelas de Colón. Era el idioma con que Hernán Cortés animaba y conducía á sus soldados á la victoria y á la conquista de mundos ignorados.

Si mis sentidos eran lisonjeados por las cosas materiales, mi espíritu vagaba con fruición en el anchuroso campo de la historia del invicto y heroico pueblo español. Todo lo que me rodeaba era evidente indicación de que respiraba las auras de la tierra clásica de la leyenda y de las titánicas luchas por la patria y la independencia; que pisaba la tierra refractaria á la ignorancia y á la barbarie, pues civilizó las hordas salvajes que pretendieron dominarla. En vano resistió el rudo Godo á su influencia bienhechora; el huraño habitante del desierto africano y el indomito

cruel pirata moro, dejaron de serlo, y revistieron la cultura castellana, desde que respiraron el aura de sus fértiles planicies, ó plantaron sus tiendas en las sierras y montañas de la Bética, convirtiéndose en artistas inimitables y en obreros disciplinados de la ciencia y del progreso.

Verdad es que los triunfos y victorias obtenidas por los españoles en los pasados tiempos, abruman su presente y hacen palidecer la situación actual de su influencia y poderío; mas ya los esplendores de su futuro destino comienzan á percibirse á la luz del eléctrico destello, y á través de la humareda del vapor.

La Europa del Norte y la Central, ocupadas en destruirse, preparando sangrientas y fratricidas luchas, buscan alimento á su energía en lejanos continentes, para proporcionar el pan al proletario que la amenaza con el socialismo, olvidando que á su lado existen fértiles comarcas donde reina eterna primavera; ciudades populosas en cuyos azules y puros firmamentos son desconocidas las tristes nieblas del Norte; divinas mujeres que la pintura no alcanza á bosquejar, y oradores sublimes, y sabios eminentes, y vates inmortales.

De allí ese afectado desdén con que aparentan mirar á España las gentes indoctas de la ilustrada Francia, y los necios que en todas partes abundan. De allí los cuentos y consejos inventados en su daño, y en el de los viajeros que ellas alejaban de la Ibérica Península.

Yo di crédito á esos detractores del culto pueblo español, que lo pintaban decadente y corrompido, dominado por el fanatismo y por inquisitoriales rutinas; ocupado en admirar toreros y en galantear *manolas*. Yo creí en los mendigos que amenazan la vida del extranjero, y en el puñal oculto bajo el corsé de la inocente colegiala.

El resultado de tan hostiles y falsas apreciaciones fué para mí el haber perdido y no aprovechado mejor mi juventud, en que la proscripción política me obligaba á buscar hospitalario asilo en extranjeras playas, para conocer y debidamente apreciar la hermosa patria de nuestros progenitores; la cuna de nuestro idioma; la benéfica fuerza motora que esparció la vida y la luz en el nuevo continente, y le dejó el gérmen de su futura grandeza.

Sírveme de excusa la consideración de que mi error fué compartido por casi todos los americanos que visitaban antes la Europa, y consuéleme la esperanza de poder consignar, mientras dura el crepúsculo que acompaña el ocaso de la existencia, los gratos recuerdos que de este viaje me quedarán. Puede ser que ellos contribuyan á destruir arraigadas preocupaciones, y á llamar la atención de mis compatriotas hacia un pueblo hermano, simpático, é indudablemente destinado á empuñar el estandarte de la vanguardia de la raza latina, en eterna lucha con las razas antagónicas.

Con ese objeto me propongo trazar ligeros esbozos de algunos lugares y poblaciones de España, y describir someramente las impresiones que en mi ánimo han producido. Si por este medio consigo siquiera despejar el camino que conduce al fin que me he propuesto, mis aspiraciones quedarán satisfechas.

BILBAO

El reloj de la Basílica de Santiago, parroquia principal de la *muy noble, muy leal é invicta* ciudad de Bilbao, daba las nueve de la noche. La luna asomaba tras la montaña del Morro, cual humilde luciérnaga sobrecogida ante la viva iluminación que arrojaban las lámparas eléctricas á una y otra orilla del Nervión.

La capital de Vizcaya no perdiera sus ventajas si la examinamos á la luz de ambas lumbreras: la que refleja los rayos del grande astro, y la que distribuye las emanaciones del gran genio americano. Edison y la Luna, un satélite de la Tierra y una estrella de la ciencia.

Arribando á Bilbao por el ferrocarril de *via angosta* que la une con Zumárraga y Durango, no era posible llegar á la estación bostezando y á medio despertar del agitado sueño que de ordinario se apodera de los que han hecho largas y fastidiosas jornadas en los caminos de hierro.

Lo contrario se notaba en la fisonomía de los numerosos pasajeros que esa noche salían de los trenes, como abejas sorprendidas en sus colmenas por el humo de indiscreto fumador. El entusiasmo en unos, la

admiración en otros, y en algunos el placer de haber escapado á un peligro inesperado, eran los rastros que quedaban en aquellos semblantes. Y no podía ser de otro modo. La vía férrea entre Zumárraga y Bilbao, si no es una de las más atrevidas y grandiosas concepciones del ingeniero, es por lo menos una obra maestra en su género, que reúne en sí lo pintoresco y lo terrible; la temeridad de la idea con la seguridad y correcta ejecución del pensamiento. Noventa y un kilómetros separan los extremos de ese ramal que partiendo de Zumárraga se eleva y asciende las pendientes del monte *Irimo*, caracolea en su cumbre y descendiendo después á las llanuras de Durango, describiendo un sin número de curvas sobre rellenos y cortes gigantescos.

La perspectiva que se alcanza desde aquellos precipicios, mantiene al viajero en continua excitación nerviosa, haciéndole pasar alternativamente del temor á la confianza en la firmeza de aquella obra de los modernos titanes; embelesando en ocasiones la vista y el ánimo de los fuertes, y aterrando, en otras, á los apocados y pusilánimes. En el fondo de

un profundo valle se veía Anzuola, pequeña villa rodeada de montañas, que, á las mil vueltas y revueltas que daba el tren, aparecía y desaparecía, como faro lejano que señalara un peligro á los caminantes de las alturas; y, en realidad, era para nosotros la indicación del abismo. Más adelante, el viajero olvida el riesgo que corre, ante el fantasmagórico cuadro que ofrece Vergara, vista de la cima del *Irimo* y situada en el fondo del valle regado por el *Deva*, poético y tranquilo riachuelo que se extiende hasta perderse de vista entre dos altísimas montañas, cual cinta de plata tendida por las ninfas del *Irimo* á lo largo de la hondonada. Vergara es notable, no sólo por su posición topográfica y la agreste belleza del sitio que ocupa, sino también, y más que todo, por el célebre convenio ó *abrazo*, que lleva su nombre, celebrado allí entre Espartero y Maroto.

La historia, á pesar de la vertiginosa velocidad de su marcha, deja siempre marcada la huella de su paso, salvando así del olvido y conservando á las generaciones venideras el recuerdo de los crímenes y de las virtudes de la humanidad, sus triunfos, sus errores y sus caídas. Bien podría el *Deva* variar la dirección de su curso, y aplanarse las montañas que lo amurallan. No por eso se extinguiría su nombre, ni se olvidaría su existencia. Porque son indestructibles y eternos los templos en que la historia da un asilo á los hombres y á las cosas que le pertenecen y que no deben morir.

Concluidas las formalidades de la instalación, salimos á dar un vistazo general á la población, que satisfizo completamente el deseo que teníamos de conocer una ciudad pura y netamente española, pues San Sebastián, que acabábamos de visitar, es más bien un pueblo cosmopolita, habitado por millares de extranjeros, y que ha tomado de las frecuentes excursiones veraniegas de la Corte, ciertos usos y costumbres que antes no eran propias.

Bilbao no es una ciudad, son dos poblaciones; dos civilizaciones diferentes que luego se confunden en las aguas del Nervión. Entre las dos ciudades se levantan diez siglos, que las separan, y un río que marca sus límites. A su derecha, la antigua reina de las provincias vascongadas, que conserva la tradición de las Cruzadas; de las luchas de la edad media, y del furioso fanatismo de Felipe II. A su izquierda, la ciudad nueva, que ha olvidado esas antiguallas, ocupada como está en decorar sus ricos palacios, adornar sus lujosas tiendas y *macadamizar* sus anchas y elegantes calles. A esa hora de la noche, las *hermanas* se nos presentaban dormidas, descansando del trabajo del día, y blandamente recostadas en su lecho de cimientos férreos.

Sus montes de Archanda, Morro y Maravilla, cual gigantescos guardias de corps, vigilan su sueño, y las ponen al abrigo de los helados vientos y de los destructores huracanes que de vez en cuando arroja el *Continente Negro*, y el Nervión modera el ruido de sus olas, para no turbar el reposo de las dos reinas de la Iberia occidental.

pendente, cuanto que se trata de una nación productora de los mejores vinos y licores de la tierra. En efecto, en mi excursión por las dos Castillas, la Andalucía y Cataluña, no he tropezado con una sola persona que estuviera en un estado completo de ebriedad. Puede ser que en lugares que el extranjero no puede observar, la embriaguez asome su asquerosa figura; mas, á mí no se me ha presentado en las calles y paseos públicos, ni en los teatros, posadas y cafés, un solo caso que produjera escándalo. Con excepción de los trabajadores ingleses, agrupados en la ribera izquierda del Nervión, entre quienes se conserva el culto fervoroso á *Baco*, tan generalizado en las costumbres de la poderosa Albión, el extranjero apenas se apercebe en España de que el hombre puede renunciar al uso de su razón, ahogándola en las bebidas fermentadas.

Para mí, costarricense acostumbrado á ver un pueblo robusto y sano, laborioso como el que más y amante incondicional del orden y del progreso, olvidarse de todo ésto los domingos, para entregarse al abuso del *aguardiente*, que acabará por debilitarlo y envilecerlo, la temperancia del pueblo español me sorprendió agradablemente, produciéndome un doble sentimiento de placer y de dolor; lo primero, porque no podía serme indiferente el conocimiento de un hecho que tanto enaltece á una nación amiga, hermana y simpática; lo segundo, por el sinnúmero de males que en el porvenir se preparan á mi querida patria, si los gobiernos que la rigen no procuran, con sabias y previas medidas, extirpar, ó al menos atenuar los efectos perniciosos de las bebidas alcohólicas.

No sé lo que el mundo piense sobre la embriaguez y sus manifestaciones en España, ni pretendo establecer, ó haber descubierto una novedad; me limito á hacer constar los hechos, tales como se me han presentado; afirmo lo que he presenciado; y si no estoy en lo cierto y en lo justo, culpa no hay de mi parte, ni asomo de adulación ó parcialidad. Creo en lo que ha pasado por mi vista, y por ello felicito cariñosamente al noble pueblo español.

MANUEL ARGÜELLO MORA

San José de Costa Rica.

(Continuará.)

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, DE J. PASSOS.

